

# LA TIERRA SEMBRADA SUSCITO LA GUERRA



E. M. AMADOR BARRIGA

El presente artículo, que forma parte de una serie, fue escrito por el autor en forma exclusiva para la "Revista de las Fuerzas Armadas". La dirección de la Revista, con motivo de su fallecimiento, ocurrido el día 19 de octubre, rinde homenaje póstumo a su asiduo colaborador, eminente escritor, destacado catedrático y aducador de varias generaciones militares.

La agricultura había franqueado la inteligencia del hombre, permitiéndole traducir en ideas sus economías de tiempo y subsistencias. Pero el trigo trillado en la era, todavía servía como manjar nuestro sometido a infinitas vicisitudes. El cultivo no tenía más que instrumentos toscos que pedían para cada producto más días, más sudores.

Trabajador difuso, el hombre era el comunismo vivo de los trabajos. Debía a un mismo tiempo sembrar el campo, edificar la casa, fundir el hierro, torner la madera, moldear el barro, tejer la tela. El tiempo le faltaba para poner en obra a toda la naturaleza. Su vida, esparcida por tantas partes, no podía dar más que un hora severamente marcada a la tierra. Con más esfuerzos recogía menos espigas.

La cosecha faltaba a menudo. Un sople de tempestad se llevaba en una hora el pan de un año. Cada tribu se acampaba en donde la agricultura la sorprendía; cultivaba su escaso horizonte, ignoraba el camino que guía los pasos del hombre de región en región, y no podía por consiguiente, tramar ningún cambio exterior, ni reemplazar la falta de un producto con la superabundancia de otro. El hambre visitaba con regularidad al agricultor en medio de su nueva riqueza. El último mes no había un pedazo de pan para la mesa de la familia.

Esta abstinencia absoluta de varias semanas consecutivas hubiera matado al hombre, si la previsión antigua no la hubiera repartido de distancia en distancia para todo el año. De aquí la

institución del ayuno, que no era más que ahorro puesto, en esta falta de alimentos, bajo la protección de la Divinidad. Dios comprendió la miseria del hombre y levantó de nuevo la espada de fuego del Paraíso.

Y de repente, del Septentrión y del Mediodía, del Levante y del Poniente, una nube espesa de polvo subió en el aire como impedida por un viento de ira. Una sombra mortífera rodeó la tribu. La mies, que se sonreía, desplegaba sus alas de oro al sol. El segador, alegre con la promesa de la tierra, afilaba su hoz. La sombra siniestra de la nube marchaba sobre la tribu. De repente un grito salvaje salió del fondo del torbellino que ocultaba algún misterio. El eco de la montaña se estremeció. El hombre del campo, inquietó y en el suelo, aplicando el oído sobre la tierra creyó oír un ruido siniestro de pasos.

Un momento después el hierro brillaba y la llama brotaba en ardientes espirales del techo de las casas. La tribu atacada comprendía su derrota al mismo tiempo que la invasión, por el resplandor del incendio. El anciano estaba degollado a la puerta de la casa que había edificado, en día de fuerza bajo el pie de tres generaciones; el niño, arrancado de la cuna, estaba estrellado contra la pared; la madre pasaba sobre su cadáver arrastrada del cabello y, a su lado el marido marchaba con las manos atadas a la espalda para ser esclavo.

Cuando la tribu vencedora había barrido con la civilización agrícola es-

parcida por la llanura, cortó la mies que no había sembrado, vació el granero que no había llenado, y empujando ante sí un doble rebaño de hombres y bueyes, tomó, cargada de botín, el camino de la rapiña.

Y cuando había desaparecido detrás de la colina, no quedaba sobre sus huellas, de esta tierra limpia, humanizada, o si se quiere, incorporada por el trabajo a la humanidad, más que la paja encendida de la mies y dispersa por el viento, y de vez en cuando un trozo de pared aún derecho y, ennegrecido por el humo. El campo abandonado se convertía en desierto. La zarza ocupaba el lugar del hombre en el surco. La paloma aislada volvía a la sociedad. Y por la noche el perro aullaba sobre los escombros y llamaba a su amo en medio de las tinieblas. De qué le servía al hombre haber vencido a la naturaleza, si hallaba a su lado en el hombre mismo un enemigo más implacable que la naturaleza? Esta reflexión dolorosa turbó desde el primer día la inteligencia de la humanidad. Job levantó al cielo sus dolientes quejas.

La cosecha y el goce de este trabajo suscitaron la guerra o el goce del trabajo ajeno. La tierra, sembrada por una tribu, excitó la avaricia de las demás. Un ejército de ladrones vagó continuamente alrededor de la mies. La guerra llamó a la guerra. La civilización agrícola se hizo guerrera para rechazar el ataque continuo que rodeaba su arado.